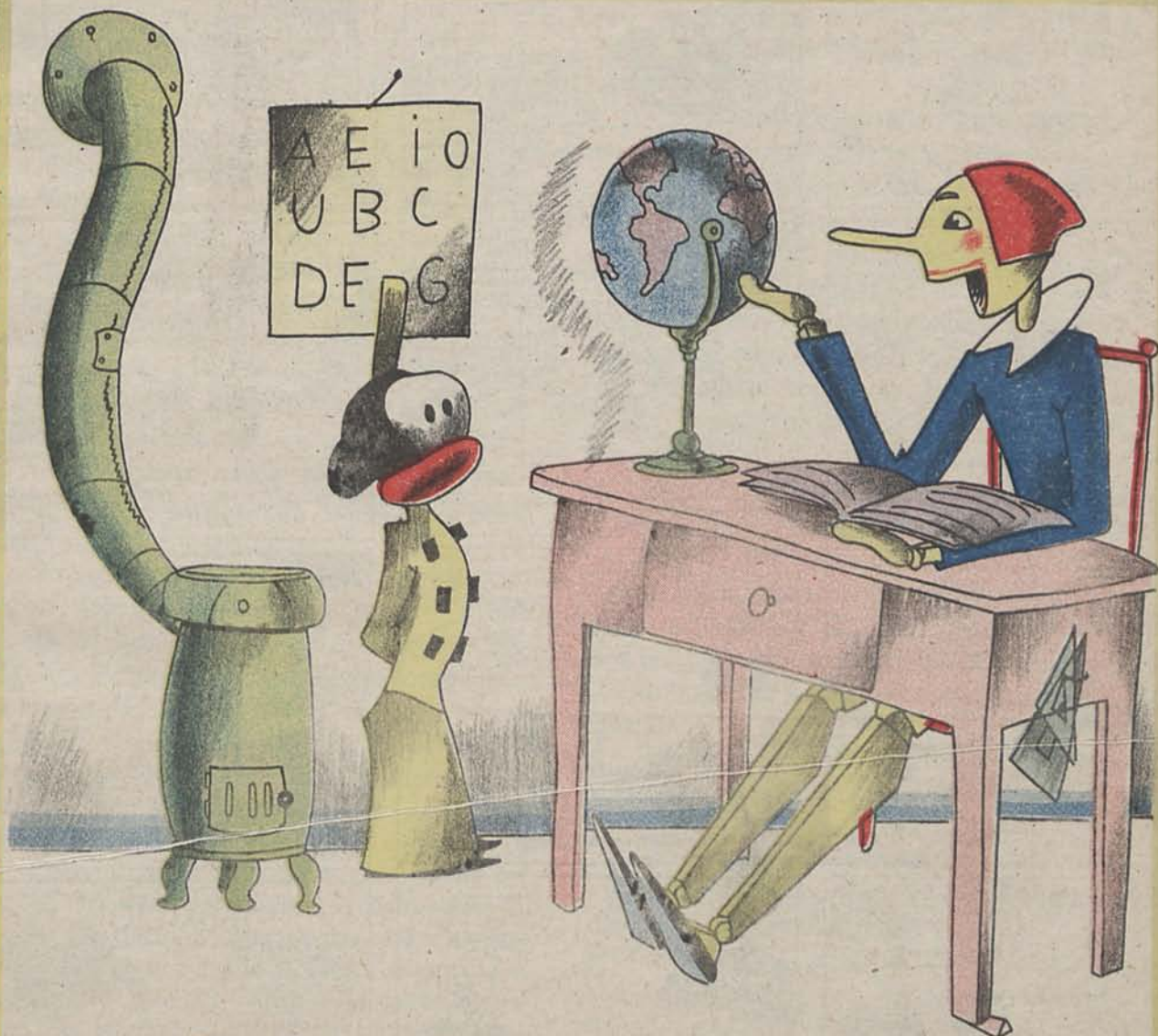


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 250

25 cts

1 DICIEMBRE
1929



-VAMOS A VER CURRINCHE; SI TUVIERAS QUE REPARTIR SIETE PERAS EN PARTES IGUALES ENTRE CUATRO NIÑOS, ¿QUÉ HARÍAS?
-PUES HARÍA UNA COMPOTA!

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y J. M. BARBIERI

(Continuación)

decidimos concedernos un breve alto al cobijo de ciertos árboles

frondosos que distinguíamos en la cumbre de la colina por cuyo ligero declive empezábamos entonces a subir. Y cuando allí arriba nos encontramos, un espectáculo inesperado se ofreció a nuestros ojos: un extenso valle todo cultivado y surcado por canales irrigadores cuyas márgenes franjeaban en largas filas los árboles y entre los regajos, predios y pastizales en el pleno irrumpir de su vegetación; en frente, y a dos millas escasas, un vasto caserío de sólo un piso dentro de un recinto murado; aquí y allá, diseminadas por la campiña, chozas y pequeñas construcciones rústicas; y a la izquierda, hacia el sur, un inmenso rebaño pastando, que parecía una gran mancha gris en aquel jubiloso triunfo del verde.

»Yo no puse en duda ni un momento que fueran aquellas las vastas plantaciones a que aludía la carta de Larouchy a Enrique D'Alimand; y con el gozo de haber llegado por fin a la meta soñada, grité a voz en cuello un alegre ¡Eureka!, poniendo mi caballo al trote ya en plena pendiente del otro lado del otero. Y los demás continuaron detrás de mí, sin advertir ya el cansancio de la larga jornada.

»Echamos pie a tierra ante la mayor de las puertas macizas del muro que daba toda la vuelta a la factoría cerrando las eras y los anchurosos patios. La puerta estaba entornada—era evidente que nos habían visto desde lejos y que nos espiaban—y por el intersticio se entreveía la figura de un hombre.

»—¿Está el patrón—pregunté—y puede versele?

»—¿Quién es usted?—preguntó el cancerbero en vez de contestar, sin abrir más la puerta.

»—Dígame primero si está el amo, y les diré quién soy.

»Se arrimó un batiente al otro y oímos descorrerse rechinando el candado entre las argollas. De allí a poco volvió a abrirse la puerta y en el hueco apareció una cara barbuda y un chaquetón de lienzo.

»—El amo está en casa, pero antes de hacerle a usted pasar quiere saber a quien recibe.

»—¡Menos maj! Dígame usted entonces que el señor Crooswelt, director del *Australian Trade*, de Adelaida, tiene urgente necesidad de hablarle de cosas que son para él del mayor interés. Dígame además que todos nosotros venimos muertos de cansancio del largo y difícil viaje y que le pedimos hospitalidad.

»Aquí otro chirrido de cadenas y otra espera de varios minutos. Empezábamos mal; o mejor dicho, empezábamos bien, porque aquella desconfianza era lo más apropiado a quien tiene razones para temer algo de las personas a quienes no conoce. La casa de un ladrón no se abre con tanta facilidad al primero que se presenta. Los indicios eran, pues, favorables.

»Al fin, el colono abrió los dos batientes diciéndonos:

»—El amo no conoce a usted y dice que no tiene nada de común con los que se dedican a emborronar... papeles...

»—Poco a poco...—protesté.

»—...pero que, con todo, les ofrece hospitalidad hasta mañana temprano.

»—Siendo así, le perdono la poca estimación que le merecemos los periodistas—terminé riendo.

»Macson y yo atravesamos dos patios donde había unos carros y caballos junto a los que aguardaban varios hombres; fuimos introduci-

dos en la casa, y quedamos solos en una habitación del piso bajo, atestada de sacos, cestas y trebejos agrícolas. Durante la espera, atraído nuestra atención un rumor de sillas removidas y de pasos ligeros procedente de una pieza contigua. Daba acceso a tal pieza una puerta angosta que caía frente a la de entrada. Receloso, estaba a punto de inclinarme para mirar por el agujero de la llave, cuando oí girar ésta en la cerradura y me eché atrás. Entró un hombre de unos cuarenta años, de mediana talla, cuadrado de hombros y de semblante duro y sombrío que hacía más vulgar una fofa barba entrecana. Vestía de grosero fustán y llevaba cubierta la cabeza con un sombrero ancho de fieltro gris que no se dignó quitarse ni siquiera cuando se hubo plantado insolentemente delante de nosotros.

»Al verle, ignoro si por buena o mala inspiración, en lugar de asediarle a preguntas hasta obligarle a revelar su verdadera personalidad, como tenía pensado, juzgué mejor soltarle en sus barbas a boca de jarro:

»—He venido, señor mío, a recoger su confesión completa; y a hacerme cargo de los documentos que deben devolver la honra y la libertad al inocente que está expiando las culpas de usted.

»Aún estaba pronunciando estas vibrantes palabras, cuando el granjero con repentino movimiento, sacó el revólver de su estuche de cuero que llevaba en el cinto y disparó dos o tres veces contra nosotros. Yo salté a un lado, incólume. Macson dió un grito y se desplomó en el suelo. Me quedé lívido; y sin darme tiempo ni a sacar un arma, el asesino corrió a la otra estancia cerrando la puerta con toda furia. Disparé un tiro todavía con la esperanza de que la bala cónica de mi *browning* pudiese atravesar la madera y alcanzar a aquél de quien ya no podía dudar fuera el individuo que yo buscaba. Entre tanto acudieron mis seis hombres, y detrás de ellos, en gran número, los colonos de la factoría.

»—¡Pronto!—ordené a los míos—. Dos de

vosotros a la espalda de la casa y cuidad de que nadie huya.

»Macson estaba herido en el hombro, y yacía desvanecido, con las ropas tintas en sangre. Le transportamos junto a los sacos, y le acomodamos con la cabeza apoyada en uno de ellos; luego, mientras los aldeanos, que no se ponían en modo alguno de parte de su patrón, y con nosotros se mostraban inexplicablemente atentos, cuidaban de él solícitamente y atendían a lavarle y vendarle la herida, yo, con mis cuatro hombres, me las ingenié de modo que conseguí forzar la puerta misteriosa.

»Un revoltijo de sillas derribadas, de cajones sacados de los muebles y de escritos diseminados por la mesa y por el suelo; y en un rincón, un cofre abierto, y en él legajos de papeles, varias monedas de oro y un pequeño talego caído y abierto del que rebosaban, hasta rodar alguno por las losas, diamantes de diversos tamaños.

»Mientras yo miraba en derredor, atónito aunque no excesivamente sorprendido, uno de los hombres que había dejado afuera de vigía, entró en el cuarto.

»—Señor—dijo—un hombre a caballo huye a todo galope por el campo.

»Salir, saltar sobre la silla y picar espuelas, después de haber mandado a cuatro de la escolta que permanecieran de guardia junto a la casa y a los otros dos que me siguieran, fué obra de pocos segundos. La persecución a través de los campos abrasados por una luz cegadora y por el intenso calor del sol duró más de una hora, pero infructuosamente. El fugitivo logró acogerse a un bosque y no pudimos encontrar sus huellas por muchas y minuciosas pesquisas que hicimos.

»Volví a la factoría desilusionado. Macson había vuelto en sí y sufría bastante; a pesar de ello, no quiso dejarme ni un minuto y me ayudó en el interrogatorio al que procedí en el acto.

»El propietario de la granja había sido, hasta pocos meses antes, un tal Firewell, americano

(Continuará en el próximo número).



COLORÍN y su PANDILLA



BRANNER

EN EL REINO DE LAS TENEBLAS POR E. SALGARÉ

(Continuación)

La actividad más febril reina allí incesantemente: cuadrillas de operarios suben y bajan sin cesar por medio de jaulas y de barriles que ciertas máquinas elevan hasta las bocas de los pozos y las hacen descender hasta las más profundas galerías.

¡Qué género de vida, amiguitos míos, tienen que llevar esos pobres obreros! ¡Qué espantosos peligros tienen que afrontar para robar a la tierra ese precioso mineral!

A veces es una parte de la mina que de improviso se hunde sepultando a gran número de ellos; otras son filtraciones repentinas de aguas embalsadas que inundan las galerías y ahogan a los desgraciados que no logran ponerse a salvo en los pozos: otras veces es el *grisú* que ocasiona espantosas explosiones que arruinan la mina, derrumban las casas, las máquinas, destruyen los pozos y sus jaulas y abaten las paredes.

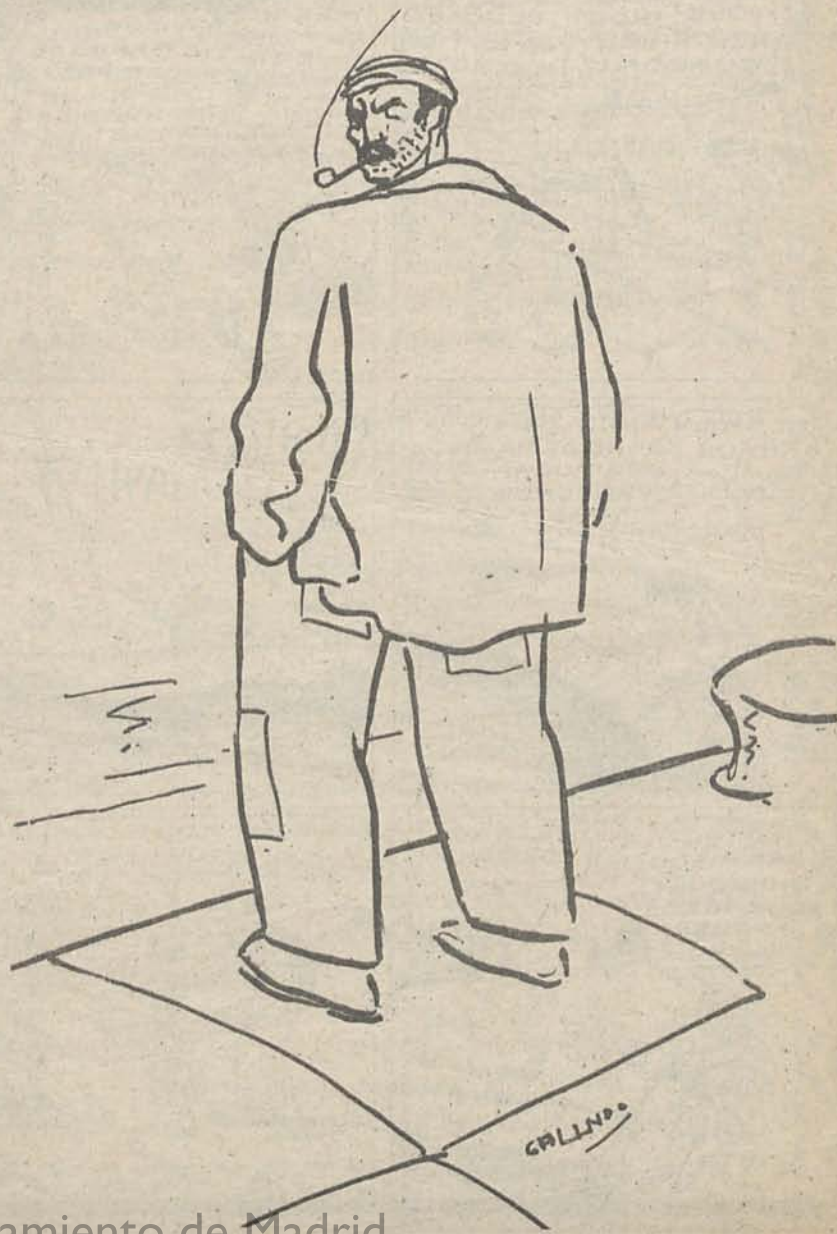
El *grisú* es el peligro mayor. Este es un gas inflamable que se desprende del carbón y se acumula en las galerías: que se rompa una lámpara de seguridad, que algún minero imprudente encienda una mecha o cerilla, y entonces explota todo como si fuese un polvorín. Y entonces ¡cuántas víctimas! Puede decirse casi con seguridad que no hay familia escocesa o galesa que no haya perdido en una de esas tremendas catástrofes a uno o más de sus miembros.

Voy a contaros ahora un hecho espeluznante que me contó un antiguo minero escocés de New-Castle, la ciudad del carbón que proporcionaba carga todos los años a millares de buques, el cual nunca se me olvida de la memoria.

A este minero ya le había yo visto

varias veces marcado con horribles cicatrices que le desfiguraban la cara. Toda la piel de la mejilla izquierda la tenía granulosa y lívida como si los tejidos primitivos hubieran sido destruidos por el fuego, y además le faltaba un ojo.

También en las manos tenía esas granulosis extrañas y las yemas de los dedos las tenía como consumidas.



Ayuntamiento de Madrid



Como hombre era un coloso; alto como un patagón de hombros anchísimos y un pecho como un oso.

En aquella época ya no era minero y se ganaba la vida cargando carbón en los barcos, no debiéndole ir del todo mal. Con su fuerza, que debía de ser prodigiosa, trabajaba por dos.

Un domingo, día de descanso ríguoso en Inglaterra y sobre todo en Escocia, viéndole pasear a orillas del muelle con su eterna pipa en la boca le llamé a bordo ofreciéndole tabaco turco que logré sustraer a la vigilancia de los carabineros, tan curiosos y vigilantes como los de nuestro país. Entre una charla y otra le induje a que me contase de qué modo se había producido aquellas terribles cicatrices y perdido el ojo.

—Debo todo esto al *grisú*, señor—, me contestó— y aun puedo decirle que fui afortunado pues trescientos de mis compañeros dejaron el pellejo en aquella maldita mina de Ross.

Aspiró algunas bocanadas de humo echándolas despues muy lentamente para gustar mejor el aroma del tabaco turco y luego, viendo que yo permanecía silencioso e interrogándole con la mirada, continuó, sentándose frente a mí;

—Ya sabrá usted que el *grisú* es la bestia negra de las minas de carbón. Cuando estalla ocasiona catástrofes formidables que producen gran número de víctimas.

—Lo sé—, contesté.

—Lo que a mí me ha sucedido no se lo deseo yo ni al peor enemigo mio. Si no me volví loco fué un verdadero milagro, pero igual suerte no la tuvo mi compañero Bill. Hará escasamente una hora que fui a visitarle y su cerebro sigue trastornado hasta el extremo que nunca recobrará la razón.

—¿Quién es ese Bill?— pregunté.

—Mi compañero de trabajo: el único que conmigo pudo salvarse de la catástrofe. Hace cuatro años trabajaba yo en la mina de Ross, una de las más importantes de Escocia y que daba trabajo a más 1.200 operarios. Por aquel tiempo habían sobrevenido algunas inundaciones parciales porque parte de las galerías pasaban bajo un lago y las filtraciones se manifestaban con frecuencia, pero sin embargo jamás había oído decir nadie que allí hubiese ocurrido ninguna explosión.

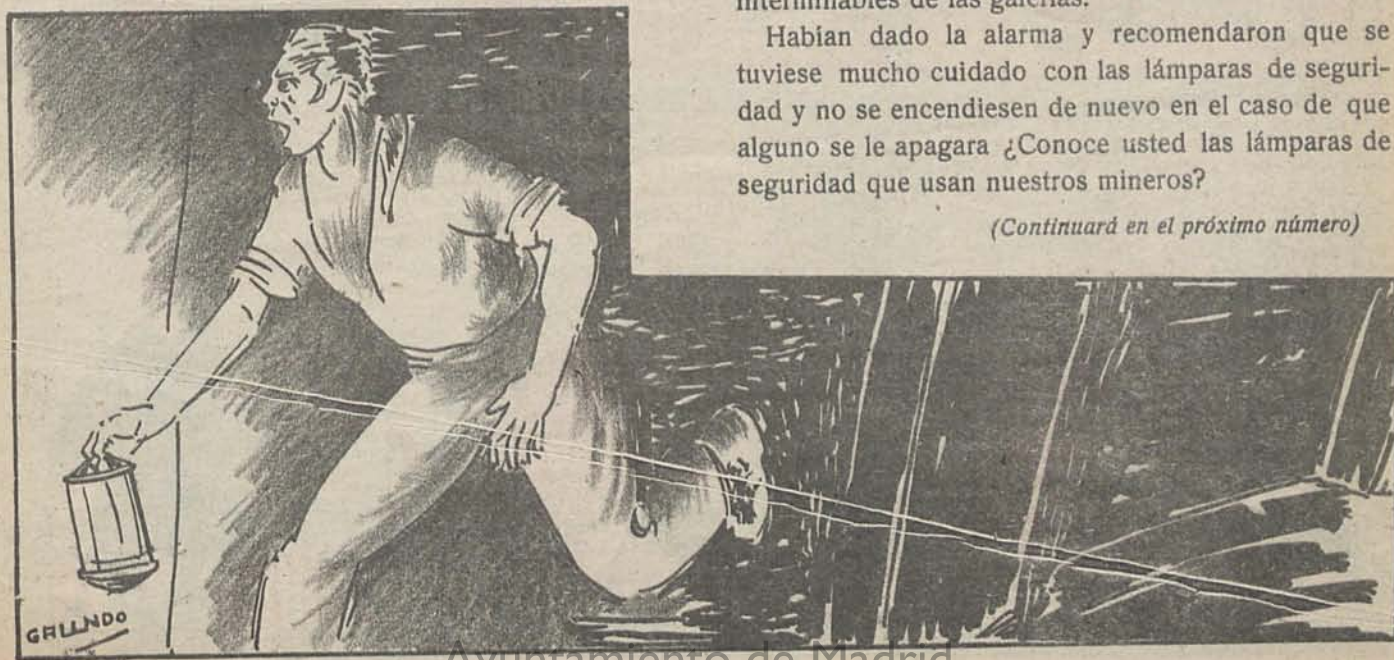
Pero el día menos pensado es cuando ocurren los desastres y ¡qué horrible fué el que allí sucedió!

Era el mediodía. Por la mañana algunos obreros habían disparado un barreno en una de las galerías más lejanas para hacer saltar una masa de carbón de varios centenares de toneladas.

Los ingenieros habían observado que el *grisú*, ese maldito gas detonante salía en gran abundancia de entre los fragmentos de aquel bloque. Se desprende con ligeras detonaciones y como es menos pesado que el aire se acumula en lo alto, bajo las bóvedas interminables de las galerías.

Habían dado la alarma y recomendaron que se tuviese mucho cuidado con las lámparas de seguridad y no se encendiesen de nuevo en el caso de que alguno se le apagara ¿Conoce usted las lámparas de seguridad que usan nuestros mineros?

(Continuará en el próximo número)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



USTED DEBIERA PENSAR EN CASARSE CON UNA SEÑORA QUE TENGA MUCHOS MILLONES, Y ASÍ NO CARECERÍAMOS DE PIRULIS NI DE CACAHUETES

NO CREAS QUE HAS DICHO NINGUNA TONTERÍA, MORENO



OYE ¿SABES TÚ SI ESA PRINCESA ORIENTAL QUE LLEGÓ AYER A MADRID ES SOLTERA?

SOLTERÍSIMA DESDE HACE SETENTA AÑOS



NO LO PIENSO NI UN SEGUNDO MÁS. AHORA MISMO VOY A DECLARARLE A ESA PRINCESA MI PASIÓN VOLCÁNICA Y PASADO MAÑANA NOS CASAMOS

BUENO, PERO NO IRÁ USTED CON ESE CHAQUE LLENO DE MANCHAS

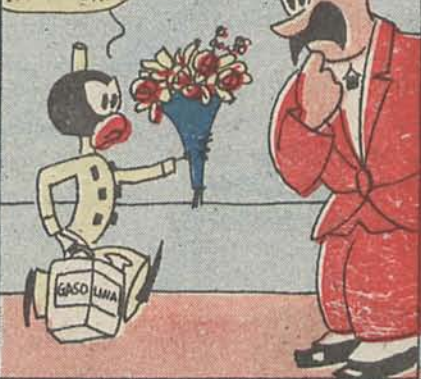


¡CLARO QUE NO! ANDA CORRIENDO Y TRAETE UN BIDÓN DE GASOLINA Y UN RAMO DE FLORES

¡QUÉ GANAS TENGO YO DE GASTAR CHALECO PARA LLEVAR DINERO!



TREINTA PERRAS CHICAS EL BIDÓN, Y TRECE GORDAS, LAS FLORES. ASÍ QUE ME HA COSTADO TODO, EL DURITO QUE USTED ME HA DADO. ECHE LA CUENTA Y VERÁ



CON LA GASOLINA NO VA A QUEDAR NI UNA MANCHA. ¡VOY A IR LIMPIO COMO LOS ÁNGELES!

¡HAY QUE VER LO BIEN QUE APAGA USTED LAS LÁMPARAS!



¡QUIEN DIRÁ QUE ANTES DE DOS DÍAS SERÁ UN SERVIDOR, SU ALTEZA EL PRÍNCIPE TURULATO DE ORIENTE! ¡QUE VUELTAS MÁS GIRATORIAS DA EL MUNDO, SEÑORES!

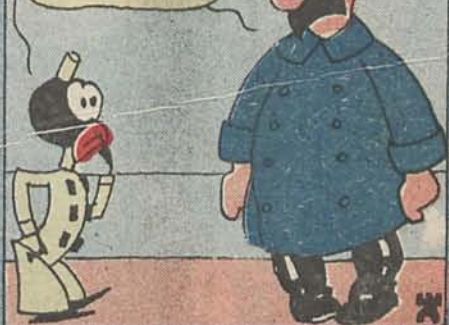


¡SEÑOOORA!

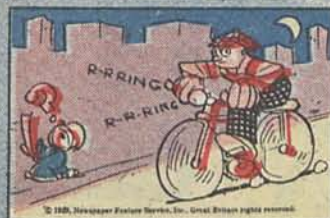


¿PERO ESAS TENEMOS AHORA?

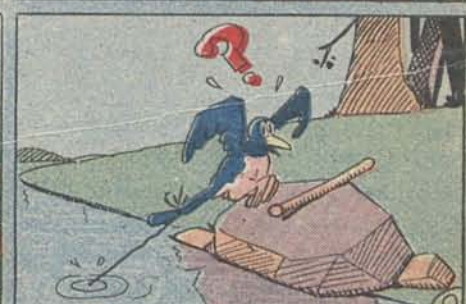
¡QUÉ SE LE VA A HACER! LA PRINCESA NO ME HA DEJADO NI HABLAR, Y ME HA DICHO: "CON ESA PESTE DE GASOLINA QUE SE TRAE USTED YA SE QUE LO QUE QUIERE ES UNA PLAZA DE CHOFER"



LAURA LA COTORRA INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

VOLVIER DE JAUJA

Castillo

JUANITO era un muchacho perezoso hasta el extremo de que, si pudiera, no mascaría los alimentos por evitarse trabajo.

—Tú debías haber nacido en Jauja—le decían sus padres.

—¿Y qué pasa en Jauja, papá?

—Que allí no hay que molestarse para nada.

El niño quedó pensativo, y al día siguiente preguntó en la calle a unos transeúntes por dónde se iba a Jauja.

—Ya se conoce que no eres tonto—le dijeron—; pero una cosa es querer ir y otra llegar.

Cansado de caminar, recostóse Juanito en una cuneta del camino, y allí quedó dormido a pierna suelta. Cuando despertó por la mañana, bien entrado el día, se encontró sobre una blanda alfombra de musgo, que tenía debajo muelles como los colchones.

Levantóse pesadamente de su cómodo lecho, y, al tender la vista a su alrededor, se le presentó un extraordinario espectáculo.

Unas casitas de un solo piso, blancas como la leche y con el techo rojo como la sangre, se extendían en fila formando una especie de pueblo, con su plaza en el centro y todo. Aquí y allá se veían acostadas por el suelo multitud de personas. Acercóse Juanito a una de ellas, admirándole que estuviera tan quieta y tuviese, sin embargo, los ojos abiertos. Descubrióse cortésmente y preguntó:

—Caballero, ¿quiere usted hacerme el favor de decirme por dónde se va a Jauja?

—En ella estás, y ya se conoce que eres recién venido—contestó el interpelado bostezando—. Repara en las casas, que, dicho sea de paso, no sirven para nada. Son de turrón las paredes, y los tejados de caramelo; los árboles... en fin, ya me he molestado bastante y estoy rendido, y eso que en Jauja me llaman el Incansable.

—Pues ya ve usted; en mi casa me llaman perezoso, y figúrese usted si soy el más diligente de todos ustedes.

Y, separándose de su interlocutor, comenzó a recorrer las calles de la población.

Para cerciorarse que eran de turrón las casas, dió tres o cuatro lametones en las paredes, y alguno que otro bocado en las ventanas; el suelo estaba entarugado con pastelitos de hojaldre, y el campo estaba cubierto con árboles de guirlache, cuyas hojas eran de riquísimo cabello de ángel.

No hay para qué hablar de los pájaros, porque todos estaban ya guisados. Unos, con tomate; otros, estofados; sobre una piedra se veía un faisán trufado y trinchado, que gritaba:

—¡Estoy con trufas! ¡A la rica trufa!

Juanito estaba maravillado y continuaba su excursión. Los pavos, las perdices, gallinas y demás gente ordinaria lanzaban desde sus platos algún alón, muslo o pechuga, gritando con tono lastimero:

—¿No hay quién se lo coma?

Más adelante llamó su atención un ruido de tambores y cornetas. Creyó que pasaba un regimiento, y se adelantó al sitio de donde el estrépito partía.

¡Júzguese su sorpresa al ver que lo que tal barullo armaba era un imenso depósito de juguetes, en el cual los tambores redoblaban solos, sonaban las cornetas, mugían unas vaquitas de esas que mueven la cabeza, balaban unos corderitos de blanquí-

sima lana, corrían los velocípedos y los caballos de máquina, andaban por estrechas vías unos trenes de vapor y otros eléctricos, con sus estaciones, sus puentes y sus túneles; en un estanque de almíbar corrían unos barquitos de cuerda, haciendo mil caprichosas evoluciones; en fin, que aquello era el delirio para un muchacho. Descolgó de un clavo un precioso uniforme de Marina, con su sable y su gorra, y al ponérselo vió con sorpresa que se ciñeron el pantalón y la levita, quedando a la medida; empuñó después una corneta, se montó en un blanco caballo de tornillo, y comenzó a pasearse.

Apenas hubo corrido cien metros, cuando tropezó con una especie de bombo que había en el suelo; era el vientre de un habitante de Jauja que, por no molestarse, no se quejó del topetazo.





—Usted perdona—dijo Juanito.

Pero el otro siguió durmiendo del lado a que lo volviera el encontronazo. Miró el muchacho a su alrededor, y no vió sino barrigas abombadas que se destacaban sobre la hierba: eran los habitantes de Jauja, que dormían o velaban sin moverse del sitio en que cayeron a su llegada al país. De vez en cuando sonaba algo así como un trueno: era un jaujense que reventaba de gordo y el suelo se lo tragaba, sin duda porque tenía apetito.

Montado en su caballo y marchando con una velocidad de cuatro varas por hora, sin temor de romperse las narices, siguió Juan su camino, admirando las novedades de aquel maravilloso país, hasta que, fatigado, se acercó al primero que vió con los ojos abiertos, y le dirigió varias preguntas. El interrogado lo miró sin pestañear y no le contestó, hasta que, cargado Juanito, le abrió la boca y le tiró de la lengua; entonces el jaujense le habló de esta manera:

—Gracias, abierto boca, pegados tenía labios, no abrirlos, lengua paralizada.

Con unos zorros de juguetes tuvo que limpiarle Juanito el polvo de azúcar que le tapaba la boca y las narices, y el de Jauja siguió indolentemente hablando así:

—Aquí no nos movemos para nada; esta es la tierra de los holgazanes; pero es tanta la comodidad, que no disfrutamos de nada. Todo está a la mano; mas, por no extenderla, nada cogemos, y gracias a que esta tierra despidе un vapor alimenticio que nos nutre. Cada cual elige, para dejarse caer, el sitio que más le agrada, porque, una vez en el suelo, no hay fuerza humana que le levante. Allá abajo, muy lejos, lo menos a veinte varas de aquí, hay una porción de ríos de vinos de Jerez, Champagne, Burdeos, Rioja, Claret y Manzaniella, sin contar el Moscatel, el Madera, el Rhin, la Malvasía y unos arroyuelos de Benedictino, Chartreuse y aguardiente que vienen del propio Cazalla y de Chinchón. Pues allí duermen



los borrachos con la cabeza metida en las corrientes de líquidos. ¿Crees que son felices? Pues cuando se les pasa el mareo, darían algo bueno por huir de Jauja; pero no tienen fuerza para moverse, y así siguen castigados por su propio vicio. Los golosos tienen la boca metida en tremendos estanques de arroz con leche, fuentes de batatas o de riquísimas jaleas; el empacho les

mata, cáusales asco el dulce; pero siguen condenados a comerlo, y ése es el más terrible suplicio. Los glotones, con la boca abierta, reciben sin cesar lonchas de jamón y pavos trufados, paellas inabables y cuanto el gastrónomo más refinado pudiera adivinar. Ellos quisieran cerrar la boca, pero no pueden, y, víctimas de la gula, preferirían la abstinencia y darían cualquier cosa por no tener que comer. Y, en fin, los perezosos, que no nos movemos ni aun para comer, daríamos cualquier cosa porque nos azojaran todos los días, para hacernos levantar;



pero, como ves, la pereza nos mata, perdemos el uso de nuestros miembros, y engordamos de tal suerte, que estallamos como petardos al año o cosa así de vivir en Jauja. A mí apenas me quedan quince días de vida.

—¡Caramba!—dijo el chico—¿Con que, si me acuesto, soy perdido?

—Sin género alguno de duda.

—¿Dónde está aquí la iglesia para rogar

a Dios?

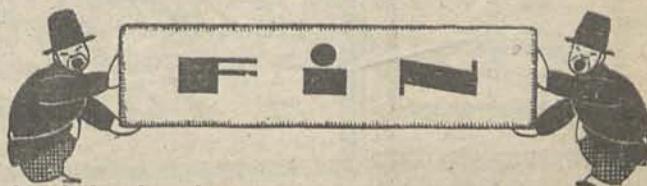
—¿Cómo quieres que haya iglesia en la ciudad de los vicios?

Cayó de hinojos Juanito, y, elevando su mirada al Cielo, dirigió al Todopoderoso la siguiente súplica:

—¡Dios mío, volve a mi casa! Haced que me zurren mis papás todo lo que puedan, que no me den chocolate, ni dulces, ni juguetes, pero que yo me vea en mi casita, lejos de este país endemoniado.

Al bajar los ojos al suelo se encontró en su casa arrodillado, y oyó el reloj que daba las siete de la mañana. De un salto se lanzó del lecho, vistiéndose apresuradamente y, saliendo al comedor, con gran sorpresa de todos, dijo a sus papás:

—En adelante no necesitaré que me despierten; seré bueno y laborioso; y, si alguna vez no lo fuera, para castigarme no tendréis más que decirme estas palabras: «Acuérdate de Jauja».





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¡Salud, querido Chononcito!
—Buenos días, mi simpático buho. ¿Sabes lo que quiero que tratemos hoy?

—Venía, precisamente a preguntártelo. Tú dirás qué quieres saber hoy.
—Pues hoy vamos a tratar de un fenómeno muy curioso que tú seguramente conocerás. ¿Verdad buho?
—Hasta que no me digas de qué clase de fenómeno se trata, no puedo contestarte.

—¿Tú has oído hablar de las piedras sonoras?
—Sí; conozco el fenómeno, y efectivamente es curioso.
—Pues aquí me tienes, todo oídos. Habla, que ya estoy impacientísimo.
—Estas piedras sonoras deben su nombre a que dejan oír en su interior sonidos semejantes al tintineo de campanillas, pero con una variedad tal, que puede asegurarse que comprende toda la gama de sonidos.

—¿Y estos sonidos los producen ellas solas?
—Por regla general, para oírlos, es preciso golpear ligeramente la superficie de estas piedras con un cuerpo duro, pero hay ocasiones, casi siempre después de la puesta del sol, que se oye el curioso repiqueteo sin necesidad de tocar las piedras sonoras. Ellas solas lanzan al aire los dulces tonos de las campanillas.

—Curiosísimo, querido buho. No sabes lo que me agradaría encontrarme en un paraje donde hubiese piedras sonoras. El fenómeno debe ser impresionante. ¿Son piedras distintas a las demás? ¿Qué color y qué tamaño tienen?

—Son, casi siempre, gruesos bloques de granito, de formas completamente irregulares y muy distintas entre sí. No puede decirse que exteriormente tengan aspecto distinto al de las demás piedras. Son como bloques desprendidos de la misma tierra, amontonados unos sobre otros, y muy frecuentemente aparecen sostenidos como en equilibrio, hasta el punto de dar la sensación de que al menor esfuerzo se les haría perder su posición.

¿Y a qué crees tú que es debido este fenómeno?

—Yo tengo que atenerme a la explicación que dan a este curioso hecho, las personas que han tratado de él. Unos creen que debe atribuirse a la existencia de multitud de pequeños huecos o cavidades en el interior de la masa de las piedras, y otros suponen que es debido a la composición especial del mismo granito.

—No me satisface la explicación, querido buho. Me has dejado lo mismo que estaba. Yo creo que aun cuando en el interior de una cosa haya muchos huecos, no por eso se produce sonido alguno si no hay algo que se mueva, algo que se agite contra las paredes de esos huecos. Una campanilla no sonaría si el badajo, u otra cosa equivalente no golpease sus paredes ¿no te parece?

—De acuerdo completamente. Pero es que no me has dejado acabar mi explicación. Tu impaciencia por saberlo todo, me corta muchas veces los párrafos en aquellos puntos en que mi palabra va a tocar el asunto más interesante. Eres demasiado inquieto, Chononcito.

—Y tú demasiado parsimonioso. Nunca tienes prisa para nada. Hablas con una calma que me pone los nervios de punta. ¿Ves? Ahora mismo ya estoy nerviosísimo. Tu tranquilidad me saca de quicio.

—¡Calma, Chonón, calma! ¿No comprendes que las cosas se entienden mejor cuanto más tranquilamente se expliquen? Los malditos nervios no sirven para nada bueno.

—Mira, amigo buho, déjate ahora de consejitos y dime, de una vez, por qué suenan como campanillas estas piedras de que estamos hablando.

—De una vez, es imposible que te lo diga. Tendrás que resignarte a irlo comprendiendo poco a poco.

—Bien. Tendré paciencia. ¡Qué se le va a hacer! Paciencia, calma, tranquilidad, resignación.

—Eso ya es ponerse en razón. Conviene que sepas que este mismo fenómeno se repite en ciertas regiones desérticas. Sobre todo en el gran océano de arena que se extiende entre Egipto, Tibesti y Darfour, región que como tú sabes, o debes saber, se halla al Este del África septentrional.

—Lo sabía.

—Mejor. Eso es señal de que estás bien en Geografía. Pues en esa región, que a pesar de hallarse cerca de un camino de hierro egipcio, es una de las menos conocidas actualmente, es donde abundan los parajes en cuyo suelo se aprecian fenómenos sonoros. Es impresionante en medio de aquellas inmensas soledades oír el característico tintineo.

—Sí; debe de ser impresionante. Y sin saber a qué obedece, como me sucede a mí, más impresionante todavía. Me parece, querido buho, que como no acabes pronto, vas a consumir mi paciencia, mi calma, mi tranquilidad y mi resignación.

—En estos desiertos se encuentran numerosas dunas recubiertas de una especie de corteza espesa y dura. Cuando se pisa esta corteza es cuando se oye bajo los pies un sonoro y lejano campanilleo. Los geólogos atribuyen las causas de este ruido a que la arena se ha petrificado a cierta profundidad y ha dejado entre su masa celdillas huecas, semejantes a las de un panal de abejas, y al desprenderse algunas piedrecitas de arena dentro de estas celdillas, van chocando contra las delgaditas paredes y así se causa el repiqueteo de campanillas.

¿Lo entiendes ahora?

—¡Gracias a Dios que has llegado a lo que yo deseaba! Lo entiendo ahora perfectamente. La trepidación de las pisadas determina desprendimientos de pequeñas piedrecitas y estas son las que al rodar por las cavidades causan el curioso fenómeno.

—Los árabes, tan supersticiosos por naturaleza, creen que cuando tal cosa ocurre es que Alah desata contra ellos su cólera, y para conjurarla echan las caravanas pie a tierra e invocan pladosamente la bondad de su dios. En otros países les lleva la superstición a creer que este ruido procede de las campanas de pueblos ya sepultados bajo el suelo, como la célebre ciudad de Ys.

Y ahora que ya he satisfecho tu inquieta curiosidad voy a convidarte, querido Chonón.

—¿A merendar?

—Primero a un gran tazón de tila. Esos nervios hay que frenarlos.

—Pero después de la tila...

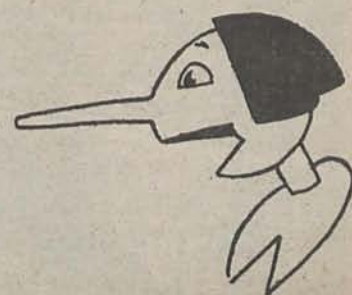
—Después de la tila, a lo que tu quieras.

—Pues se acepta la invitación.

—Vamos allá.



Si quieres a Pinocho, recomiéndalo a tus amigos.

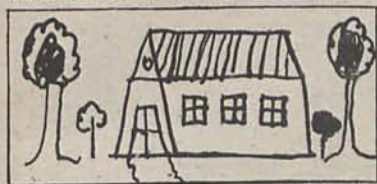


Ayuntamiento de Madrid

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE DICIEMBRE

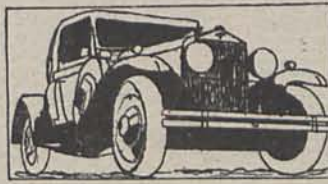
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Mi casa de campo
Conchita Clavell



Paisaje Suizo
Victor Padureano, 9 años



Mi auto.—Adolfo Carmona



Don Turu y Currinche
José Manuel Lirran



Gente conocida.—Juan E. Verdesoto, 14 años (Guayaquil, Ecuador).



Un buey.—Erick M.



Don Turu
Joaquín Sánchez



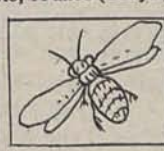
Mi amigo
Juan R. Sillo
8 años



Un pato
Erick Mathlar



La Virgen
Arsenio Almajano



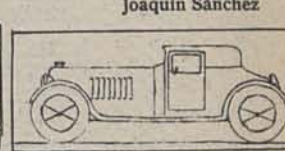
Una abeja
Maria Caro



Mi gata Lulú
Maria Caro



Un conejo
Maria Caro



Mi auto
Felipe de Angulo, 8 años

¡ TU PUEDES CONSTRUIR ESTE MODELO !



INSISTA
QUE
TU EQUIPO
LLEVE LA
MARCA
MECCANO

GRATIS—
NUEVO LIBRITO
MECCANO



Funciona
correctísimamente,
siendo montado enteramente
con las piezas de Meccano

Porqué envidiar al Meccaninfo que hoy se ocupa en construir un modelo de una potente grúa que funciona con precisión, mañana de seguro tendrá montado un chasis de automóvil y pasado mañana una magnífica draga. Tu mismo puedes divertirte con los mismos modelos y otros no menos atrayentes, pues puedes hacer lo mismo que al construirlos tu mismo.

Todas las piezas del sistema son de norma e intercambiables, pudiendo ser utilizadas las mismas piezas para la construcción de centenares de diferentes modelos que funcionan todos. Las tiras y placas son pulcramente esmaltadas en rojo y verde con un acabado sólido y duradero.

Equipos desde Ptas 15.00 a Ptas 1150.00 en los principales Bazares y Librerías

MECCANO

Agente para España y Portugal:

José Palouzié Serra (Sección 15), Industria 226, Barcelona

Producto de: MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA

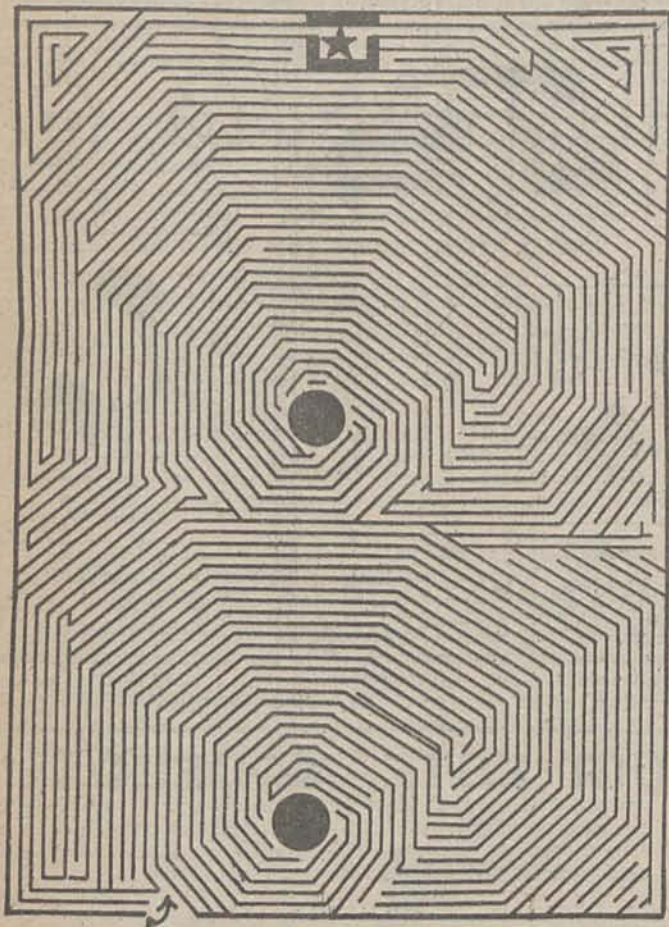
Nuestro representante tendrá sumo gusto en mandarte gratuitamente un ejemplar del nuevo librito Meccano con tal que le envíes las señas de tres de tus camaradas. Indique el número 15 a continuación de tu nombre, como referencia.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE DICIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL LABERINTO DE VIENA



En los arrabales de Viena se alzaba, en una oscura y tortuosa calle, una casita de humilde aspecto. Pequeña, sucia, agrietada semejaba un montón de escombros más que una vivienda. Pero, no se puede uno fiar de las apariencias. Apenas se entraba en ella tropezaba la vista con una escalera crujiente y húmeda. Todo el que bajaba por ella trocaba su gesto de desagrado por uno de bienestar y contento.

Debajo de aquella casa había un suntuoso palacio y la escalerita crujiente y húmeda era la entrada de él.

Pero, ¡ay!, este palacio estaba defendido por un intrincado laberinto de pasillos y callejones, de mármoles y ágatas.

Adjunto tenéis el plano, la estrella es el palacio. Para llegar a él hay que atravesar por la plazoleta del centro.

¿Cuál es el camino?

CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE DICIEMBRE **250**

Envío del Pinochista D.

.....

DIBUJO CON ERRORES



Vergüenza me da, arrojados pinochistas, vergüenza me da, digo, coger la pluma para escribir estas líneas. Y no porque lo que os vaya a decir sea vituperable, no, sino porque como son unas líneas aclaratorias del dibujo adjunto y este dibujo es obra de aquel dibujante loco que en otros tiempos tan amargos ratos nos hizo pasar con sus disparatadas creaciones, temo, con razón, que os indignéis conmigo diciendo: ¿Pero es que por culpa de un desgraciado vamos nosotros a tener que estarnos calentando la mollera hasta ponerla al rojo?

Perdonadme, arrojados pinochistas. Humildemente, con el sombrero en la mano llego a vuestra puerta mendigando perdón. No es mía la culpa. Cumplo un sagrado deber...

Ocho errores hay en el presente dibujo. ¡Oh, qué dicha más grande me causaríais si los lograráis encontrar!

¡Ocho errores! ¡ocho errores! ¡Oh, qué vergüenza!

ANITA

BUEN-CORAZON



Sección Pirula

Charlas de Pirula... decoradora y modista

UNA APLICACIÓN DE CRETONA



Teodora; pero ¿cómo se va a llamar nada menos que «Teodora» a un angelito con cara de pilluelo? Lo mismo me imagino yo a Totó respondiendo al nombre de Teodora, que la veo ataviada con una túnica griega o un vestido de cola de terciopelo encarnado semejante a esos que sacan a escena las artistas que cantan óperas.

Pues bien, Totó tiene un vestido...

Vaya, no tengo más remedio que interrumpirme otra vez, no vayais a creer que Totó no tiene más que un solo vestido; sería demasiado poco ¿verdad? un vestido para todo; para el invierno y para el verano, para estar en casa y para salir a la calle, para la ciudad y para el campo, para ir a clase y para acudir a alguna fiesta infantil; cierto que algunas de mis Pirulindas tienen pocos vestidos y no por eso están menos bonitas ni son menos dichosas, pero en fin todas tienen más de uno, y casualmente Totó tiene muchos, muchísimos.

No quiero decir que tenga un millón, ni siquiera mil, pero en fin no me chocaría que tuviese tres o cuatro docenas cada temporada, lo cual es enorme para una Pirulinda y hasta para una mamá.

Entre tantos vestidos como tiene Totó, los hay de muchas clases, de crespón, de muselina, de terciopelo, de tafetán, de tul, de lana; y también los hay de algodón y de hilo, porque como la mamá de Totó tiene muy buen gusto—un gusto de mamá—los trajes que le hace a Totó para estar en casa o, en verano, para ir a la playa o al campo, no son de seda, sino de cretona, de céfiro, de *toile*, de batista, como debe ser.

Y ¿con qué vestido diréis que Totó resulta más encantadora? Pues sencillamente con uno de cretona florida que le hicieron el verano último para la playa y que es tan modesto que no tiene más adorno que un cuellecito de organdí, bordeado con una trencilla serpentina de algodón blanco.

Como que nada tiene que ver el lujo ni el precio que cuesta un vestido para que favorezca a una Pirulinda; tan adorable estaba Totó con su modesto trajecito de cretona que, según opinión unánime, parecía... ¿una muñeca? No, porque no hay necesidad ninguna de que una niña de carne y hueso parezca un objeto inanimado de porcelana o de trapo, (si bien conozco yo cierta muñeca que vosotras conocéis «un poco» también y que ni es un objeto, ni está inanimada); lo que parecía Totó era una

niña preciosa, monísima, más mona todavía que de costumbre; tanto, que aun ahora Totó sigue acordándose de su vestidito veraniego y lamentando no volvérselo a poner.

Sin duda pensaréis que se lo volverá a poner el verano que viene; pero es que a Totó le compran tantos trajes cada temporada que no utiliza nunca los de la temporada anterior. ¡Pobrecilla! ¿verdad? con lo agradable que es volverse a encontrar los vestidos que se han llevado meses antes, como amigos de los cuales se ha estado separado algún tiempo ¡Y con lo divertido que es ingeniarse en remozarlos, alargándolos y poniéndolos a la última moda! Es una tarea que varias veces hemos llevado a cabo, juntas vosotras y yo ¿no es cierto? Y preguntaréis: Pues si Totó no ha de volver a utilizar su vestido de cretona ¿a qué viene hablarnos del vestido de cretona de Totó?

¿Cómo que no lo ha de volver a utilizar? Ya lo creo que sí, pero no como vestido; esa preciosa cretona de florecillas rosas y verdes sobre fondo blanco le va a servir a Totó como elemento decorativo para realizar muchas cosas. A Totó y a vosotras, pues la que más y la que menos tenéis algún trajecito de cretona florida, o algún trozo de cretona que haya sobrado de la confección del traje, que para el caso es lo mismo.

Supongamos que el dibujo de nuestra cretona es de florecillas menudas... ¿que no? que es de flores grandes? Bueno, pues en lugar de entrar quince, pongo por caso, en nuestro motivo, entrarán cinco o seis u ocho, y en paz.

Estas florecillas menudas o esas flores grandes, las vamos a plantar en un tiesto... a ver si crecen.

El procedimiento para «plantar» las flores de la cretona, podéis verlo en el adjunto grabado, que está tan claro que apenas os lo necesito explicar. El tiesto se hace aplicando sobre la prenda que se quiere decorar un trozo de tela del color que más rabia os de; si puede ser el mismo que el fondo de la cretona, mejor.

La aplicación se hace con un espunte a máquina, que se oculta luego a punto de cordón o de cadeneta, bordado con algodón perlé.

Las ramas del arbusto se bordan al pasado, o al «plumetis»; luego se pega el trozo de cretona florida, siguiendo el mismo procedimiento que para aplicar el tiesto. De este modo, lo mismo decoraréis un delantal que una cortina, y una mantelería de te que una pantalla.

